



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

ANÁBASIS

Estamos en un momento nuevo de la historia.

Nunca hemos sabido más y recordado menos. La cultura siempre ha sido la herencia social, la consolidación y transmisión de la memoria. Mis alumnos, muy modernos, piensan que no hay que aprender lo que se puede encontrar (en Google, fundamentalmente). Enorme ingenuidad. Podemos usar el presente como usamos los teléfonos móviles, los ordenadores, las leyes o los medicamentos: sin saber lo que llevan dentro. En todos

esos casos, la inteligencia está en las cosas, no en nosotros. Nos guían hacia no sabemos dónde. Nos hacen viajar con un equipaje cuyo contenido desconocemos. Esto no es especialmente grave cuando se trata de objetos, pero lo es en el caso de los sentimientos básicos de nuestra vida, de las normas de nuestra convivencia, de los valores morales. Sólo recuperando su genealogía, su memoria oculta, podemos comprenderlos. Este verano he estado revisitando a los viejos filósofos griegos. Grecia es un país soleado en la realidad y en la memoria. ¿Por qué ese viaje al pasado si no soy historiador, si me interesa apasionadamente el presente? Porque quiero saber de dónde vengo, por qué pienso y siento. La apelación al pasado para descifrar la actualidad está desapareciendo. Vivimos en una hiperestesia de la innovación, en un actualismo *flash*. La moda es el paradigma de nuestra cultura. Conviene que todo sea de usar y

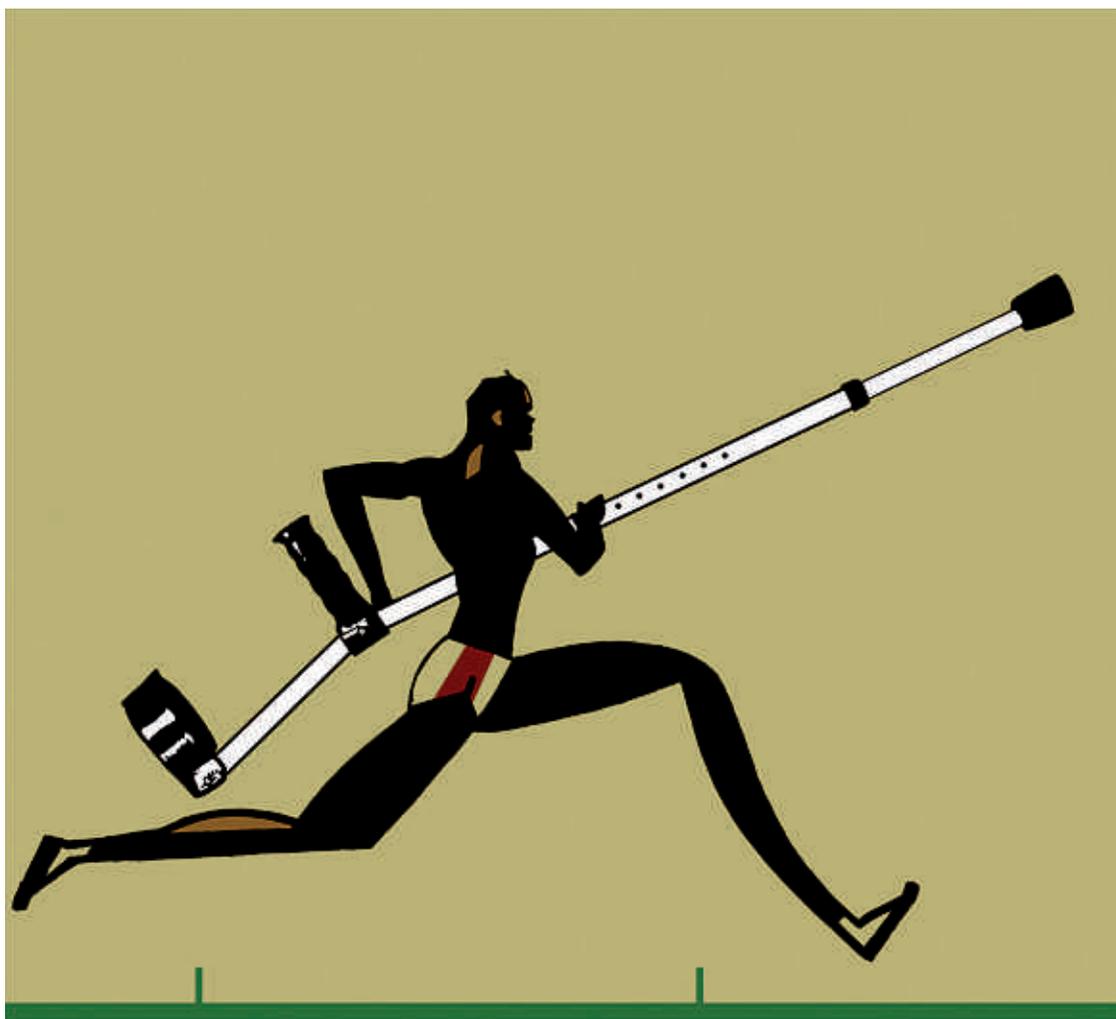
tirar para no entorpecer el ciclo productivo. Necesitamos recuperar la cadena de nuestra memoria cultural, para no caer en una trivialización por desmemoria, o en una ingenuidad por ignorancia, o en una sacralización de la espontaneidad. Los griegos amaban lo nuevo. Para ellos –como cuenta Tucídides– una de las tareas de la inteligencia era “saber improvisar lo conveniente”. Pero valoraban también la memoria, y pensaban que todas las musas, las divinidades de la creatividad, eran hijas de la gran diosa Mnemósine, la memoria.

De este encuentro con los antiguos griegos he traído una palabra que les ofrezco como regalo. Rilke, uno de mis poetas preferidos, escribió: “El caminante no trae, de la ladera de la sierra al valle, un puñado de tierra, sino una palabra ganada; genciana amarilla, azul”. La palabra es *anábasis*. Significa “subida”. Platón la utiliza para expresar

TENEMOS QUE RECUPERAR LA CADENA DE NUESTRA MEMORIA PARA NO CAER EN LA INGENUIDAD POR IGNORANCIA

que el ser humano tiene una permanente ansia de subida. Saint-John Perse, otro fabuloso poeta, escribió un libro con ese título para contar la soberbia aventura humana: “¡Altevez del hombre en marcha / bajo su carga de eternidad!”. Hay un permanente afán de superación que me intriga. Séneca hablaba de los que “hallaron el ímpetu y subieron en

hombros de sí mismos”. Tucídides de un “eros de zarpar”, movido por el deseo de botín, de gloria, de nuevos países. “La esencia del hombre es el deseo”, dijo Spinoza y, mientras pulía lentes en su taller, pensó: “Y el mayor deseo es aumentar el propio poder”. Nietzsche hacía decir a Zaratustra: “Ahora me veo a mí mismo por debajo de mí”. San Buenaventura advirtió que cualquiera fracasaría “*nisi supra semetipsum ascendant*”, si no se encaramaba sobre sí mismo. Saavedra Fajardo en una de sus *empresas* fija la imagen que podía ser la de nuestra especie: una flecha, con el lema: “Si no subo, caigo”. Recuerdo a Jean Wahl, profesor en las venerables aulas de la Sorbona, diciendo: “Siempre estamos corriendo delante de nosotros mismos”. Ese es nuestro destino. Todo esto lo indica la palabra *anábasis*, que se vuelve así imprescindible. ■



Raúl